

# El escritor

Manuel Sepúlveda



Image not found.

# Capítulo 1

¿Qué es un escritor más que un mero narrador de los acontecimientos que suceden en la mente y de los artificios que lo inspiran a traer a la realidad a aquellas cosas que lo inspiran?

¿Qué es realmente esta persona que se pasa horas viendo una hoja en blanco, un monitor con un cursor inerte o una máquina de escribir oxidada y rogando por ser utilizada?

Esta persona es alguien que pasa su día imaginando, perdido en el éxtasis que le ofrece su imaginación. La realidad es un tanto aburrida, monótona y a veces más ilógica que las fantasías más rebeldes que puedan ser creadas. No hay un consuelo en el mundo físico.

Si cualquier persona pudiera adentrarse en la mente de este ser, probablemente lo encontraría sentado frente a su escritorio, con una luz tenue y pobre iluminándolo, con un rostro que denota cansancio, hartazgo y reflexión profunda, todo a la vez.

Oberservando y observando, esperando a que el rayo de la tan santísima inspiración caiga sobre él y abra su cráneo para que la fuga de las más extraordinarias ideas tenga lugar. Tal vez llegue, tal vez no lo haga, pero estará esperando el suceso, sin moverse, sin inmutarse, ni siquiera rezará para que llegue, simplemente confía en que llegará. ¿Se clasifica como fe ciega? Puede ser. ¿Realmente le importa? No mucho. La inspiración llegará y se plasmará lo que salga de su cabeza, pero si tiene suerte, se plasmará lo que hay en su corazón.

Su trabajo no es trabajo, es pasión, es vida, es el alma de la estructura que soporta el psique humano. Historia, ficticia o verdadera, tiene un fin; un propósito, un mensaje. La idea, el centro de todo. Una sola idea, plasmada por la eternidad, elevada hacia la leyenda que rodea al arte de la palabra escrita.

Le resulta repugnante observar como la palabra es destruida, mutilada y golpeada sin piedad para acomodar ideas vacías o transmitir mensajes vanos y superficiales. La palabra es la molécula vital de la expresión humana.

Y ahí permanece sentado, frente al escritorio, con calor o frío, su vestimenta cambia, al igual que su peinado y sus facciones, pero su mente, su visión del mundo y lo que tanto anhela transmitir, jamás se verá doblegado. Aunque permanezca en lo más recóndito de su mente saltando de un lado a otro, evitando salir tal cual recién nacido, será un concepto que transformará la forma en que escribe y en la que ve

el mundo.

Pasarán días y noches enteras y no podrá tan siquiera terminar una oración, no porque no posea la habilidad, sino porque aquella oración no será digna de representar lo que siente.

La historia, es su medio. El mensaje, su fin.

Hablar está de más, las palabras salen y se transmiten como ondas por el aire, pero son efímeras y se olvidan con facilidad.

Escribir es eterno, se plasma una frase, una oración y la semilla de la idea se transmitirá por el tiempo sin conocer fuerza que la pueda detener. Cambiará vidas, puntos de vista y hasta iniciará estudios y revoluciones que sacudirán al mundo. Toda gran idea inició de esta manera y así será hasta que el hombre sea borrado de la existencia y, aún así, la palabra prevalecerá.

El mundo y la realidad cambian en segundos dentro de la mente del escritor. Por un segundo, todo es posible, no existen obstáculos y puede ir al centro del universo y regresar. No hay límites en un pequeño espacio de madera que llama escritorio. Ese espacio, es y será el lugar en donde decidirá cambiar al mundo, letra por letra.

Sudará, llorará, se enojará, tomará, fumará, se parará, gritará, dará de golpes en ocasiones y hablara consigo mismo por una cantidad de tiempo que parecerá eterno. Pero un día, en alguna hora, algo llegará, algo maravilloso y nuevo y no habrá ninguna fuerza natural o sobrenatural que pueda detener su impulso. Correrá más rápido que la luz y su corazón se agitará terriblemente, pero pondrá manos a la obra y dejará salir su alma y su corazón para compartir una pequeñísima parte de su ser.

Un fragmento de su ser, traducido en símbolos conocidos como letras. Primitivo, podría pensar, pero no lo es.

Sin máscaras, sin rodeos y sin filtros, así se verá sobre el papel, pues ahí es donde residirá por la eternidad todo lo que tiene y tendrá. Lo más puro y auténtico de su existencia, plasmado en unas cuantas hojas, residirá con la esperanza de que algún día, toque los corazones de aquellos que lo leen y analizan hasta los espacios entre las letras y, ahí en ese instante, habrá trascendido.